

Luis Alberto Sánchez

Enrique Gómez Carrillo y el modernismo



Gómez Carrillo le hizo daño literariamente, su facundia. Como escribía conforme pensaba, y pensaba conforme veía, y vió sin tregua, su obra se resiente de esta riqueza de visiones, donde se halla, en verdad su mejor explicación.

Desde que murió Darío en 1916, se han sucedido muchos libros acerca del modernismo. Por lo común, soslayan la personalidad de Gómez Carrillo. Este mosquetero, triunfador de la existencia, no ha logrado evitar el destino que la Muerte depara a los que abusan con exceso de la Vida. Además, ha carecido de algo indispensable para la inmediata celebridad: parientes bien quistos y gobierno amparador. El bohemio impenitente que fué Enrique Gómez Carrillo ni siquiera se curó de tener una patria legalmente indudable. Las convenciones humanas le importaban muy poco. Si ahora, el gobierno de su país, bajo un presidente de cepa intelectual, ha resuelto tributar honores a su memoria, ello es algo absolutamente imprevisto. Lo natural en la tierra del Quetzal, donde el mando pasó de manos de general a general, era que la cadena no se interrumpiera precisamente cuando se forja una semejante en casi toda América.

Hay otro obstáculo en el camino de la gloria de Gómez Ca-

rrillo. Los críticos del Modernismo se preocuparon mucho de salvaguardar su propia fama. Blanco-Fombona, que estudió y propagó aquel movimiento, era enemigo de Gómez Carrillo, por debilidades de ambos: cuestiones de literatura, taberna, boudoir y sala de armas. Santiago Argüello, que no amaba sino a sí mismo, sentía celos de aquel insigne desenfadado que fué el autor de «*Jerusalén*». Los exégetas extranjeros han repetido casi siempre el dicho de los criollos, limitando su originalidad a introducir subcapítulos, párrafos y subpárrafos, lo cual infunde tótemico respeto a los no-iniciados. De suerte que, pasando como ha pasado la antorcha del prejuicio de mano en mano, aquí la tenemos tratando de iluminar nuestra senda con pálida luz de atribulado alcance.

Estuve en Guatemala inquiriendo sobre Gómez Carrillo. No me informó nadie. Su propio hermano, profesor de idiomas, contertulio del Hotel Continental, subsiste ajeno a la gloria del magistral cronista. Aún cuando en la intersección de la Sexta Avenida y la Calle Cuarta de la ciudad, empiece el Parque Gómez Carrillo, en las librerías no se encuentra una sola obra del cronista. Yo he peregrinado de establecimiento en establecimiento buscándolas: más fácil es encontrarlas en Buenos Aires, y seguramente, en Madrid.

Aparte de mis propias lecturas fuera de Guatemala, y de recuerdos de personas que frecuentaron al cronista, he tenido que utilizar unos pocos trabajos éditos, los principales de los cuales son las propias memorias de Gómez Carrillo (*Treinta años de mi vida*, *En Plena bohemia*, etc.); el libro de su primera esposa, mi compatriota Zoila Aurora Cáceres (*Mi vida con Gómez Carrillo*, Madrid, 1927) y el de Juan M. Mendoza (*Enrique Gómez Carrillo. Estudio crítico-biográfico. Su vida, su obra y su época*, 2.^a edición, Guatemala, 1946). A ellos me remito, principalmente a los volúmenes de Mendoza, en que, a pesar de su antipático prurito de colocarse como tema central él mismo, es

posible descubrir informaciones útiles y utilizables, no obstante el desorden con que han sido expuestas.

* * *

Cuando Gómez Carrillo nació en 1873, Guatemala era una ciudad conventual, opaca, quieta, no obstante el perenne fulgor de su incomparable cielo y la agreste hermosura de sus alrededores.

Desde luego, Guatemala tenía más movimiento que Managua, en donde seis años antes había visto la luz Félix Rubén García Sarmiento, príncipe de los poetas del idioma. Pero si, comparada con las otras capitales centroamericanas, la de Guatemala, posee evidentes ventajas, comparada con otras ciudades del continente entonces, y sobre todo, con el emporio a que tenderían el vuelo los escritores de la época, París, su aire era absolutamente provincial y tedioso, sometido a la inaguantable presión de los tiranos de uniforme y del clero, su secuaz.

Enrique Gómez Carrillo nació el 27 de febrero de 1873, del matrimonio de Agustín Gómez Carrillo, y doña Josefina Tible, hija ésta de un ingeniero belga. El apellido legal del escritor era, pues, Enrique Gómez Tible. No lo usó, porque desde la escuela le ocasionó serios disgustos. Los muchachos le llamaban a gritos: *Comes-tible*, *Comestible*, haciendo un burlesco juego de palabras con ambos nombres, de suerte que no bien adquirió sentido del ridículo, abolió el «Tible» materno y adoptó los dos apellidos de su padre: Gómez - Carrillo.

El señor Mendoza caracteriza muy bien el ambiente en que nació el cronista con una sola anécdota: ese año se instaló el telégrafo, a cuyo funcionamiento se había opuesto el dictador Rafael Carrera, hombre de pocas luces, cuyo ministro el egregio don Pedro Aycinema, le tenía convencido de que aquél era un artículo de lujo. El mismo señor Mendoza insiste en que, fuera de los toros y la zarzuela, puro casticismo, no había ningún

otro entretenimiento. Para que la fortuna no se equivocara con Enrique, su nacimiento ocurrió en una casa en «Los Siete Pecados» propiedad de don David Luna, casi frente al actual Palace Hotel, en la Calle Doce poniente con Cuarta Avenida. No sobra agregar que en la casa del Palace Hotel se desarrollaron cuando era propiedad de los García-Granados, los líricos amores de José Martí con «la niña de Guatemala», «la que se murió de amor».

Agustín Gómez Carrillo (1838-1908) fué un eminente abogado guatemalteco, a quien se encomendaría continuar la interrumpida y jugosa *Historia de Centroamérica* de José Milla; fué Rector de la Universidad de San Carlos y escribió un ameno relato, «Viaje a España». Josefina Tible era hija del ingeniero belga François Tible y de la guatemalteca doña Dolores Machado Luna. Es probable que el abuelo europeo y de habla francesa influyera en la predilección por el francés que Enrique tuvo desde niño, no obstante de que nunca escribió en dicho idioma.

La circunstancia de que los Gómez Carrillo tuvieran muchos parientes de El Salvador, inclinó a algunos cazadores de novedades a afirmar que Enrique era salvadoreño. Mendoza exhibe la partida de bautismo a fojas 580 vueltas del libro de Bautizos de El Sagrario de la Catedral de Guatemala, año de 1873, en donde se deja constancia de su nacimiento en la capital de la patria de Irisarri. Era guatemalteco sin duda de ninguna especie. Contribuyó a extender la versión sobre el salvadoreñismo de Gómez Carrillo, otro hecho. Como fuera muy mal colegial y sus padres tratasen de obligarle a seguir los estudios que ellos escogieran, el muchacho se escapó del Instituto Nacional de Guatemala y, pasando la frontera, se refugió en El Salvador.

Por lo común, los biógrafos de los escritores señalan que sus héroes son precozmente geniales y leen obras clásicas. Enrique Gómez Carrillo, a los 12 años había leído mucho... pero muchas novelas de Paul de Kock. Su aprendizaje licencioso era inefa-

blemente de medio pelo. Repitió la hazaña de fugarse del hogar varias veces. Al cabo, sus padres, convencidos de que Dios no había querido llamarlo a la senda del estudio, optaron por emplearlo en una tienda de trapos. Se llamaba ésta «La Sorpresa» y estaba situada en la Calle Real. El flamante hortera Enrique Gómez-Tible, adolescente bello y precoz, lucía ya enmarañada melena de endrina, y su mirada trataba de desnudar a las mujeres, acaso para poner en uso las prendas interiores que vendía en su establecimiento. Parece que el joven Gómez bebía ya como persona mayor. La inclinación a la bebida no es rara en las ciudades de sierra. El frío y la soledad provocan al alcoholismo más o menos discreto. Cuando no existen sucedáneos ni derivados, el mozo inquieto no encuentra otra ruta que la cantina, la revolución o el burdel. Enrique no era un revolucionario.

A los 15 años, erudito en Paul de Kock, en fugas escolares y en aguardientes lugareños, Enrique Gómez-Carrillo publicó su primera colaboración periodística en *El Día*, dirigido por el Coronel y Doctor Matus. No fué un gran suceso, pero las clientes de «La Sorpresa» celebraron entusiastas aquel nuevo avatar del romántico y bello hortera, que con tanta energía iba a rechazar luego el manejo de la escoba y el plumero, para esgrimir la pluma. Sin conocer a Gracián, Enrique realizaba en hechos el juego de palabras caro al insigne autor del «Oráculo Manual». Una de las parroquianas de «La Sorpresa», voraz consumidora de corsets, medias caladas, enaguas de fustán, calzones con blondas, etc., era doña Edda Christiansen, esposa del Ministro de Francia en Guatemala.

Edda era una real hembra, algo otoñal; Enrique un adolescente inexperto, deseosísimo de aprender. Se ignoran las artes horteriles de que uno y otra se valieron para entenderse. ¿Impresionó al empleaducho midecintas y mideversos, la madurez provocativa de la dama extranjera? ¿Sedujo a Edda la muchachez promisoría y tropical del Adonis de vara en mano? Lo feo es que este episodio haya sido revelado por el propio Gómez

Carrillo, en una especie de chulería *post-mortem* a que no fué des-afecto. Edda Christiansen se pagó de su gusto. Al cabo, cuando el adolescente pretendió más de lo obtenido, le echó en cara su oficio. Así se produjo la ruptura.

Dato para la historia: el joven hortera era ya manirroto. Diz que le engolosinaba manosear las prendas íntimas femeninas de los escaparates y cajones. No reparaba en que él no era el amo, si se trataba de regalar corbatas a los amigos. Tampoco para prestarles dinero. De todos modos, la experiencia con las ropas femeninas y con las de Edda Christiansen le invistieron de repentina machedumbre. Cuando leyó al sencillo y pueblerino José Milla, gloria nacional, se sintió obligado a dejar constancia de su disconformidad. Tenía 16 años.

* * *

En 1889, cuando el audaz jovenzuelo Enrique Gómez-Carrillo publicó su primer ataque a la fama de José Milla, el egregio «Salomé Jil» de las novelas históricas y de las andanzas de Juan Chapín, se acababa de publicar *Azul en Chile*, tras de cuyo éxito Rubén Darío regresó a Centroamérica y se detuvo en Guatemala. Las letras del país hirvieron glaucos, grises, azules y bermellones, al contacto del «abate joven de los madrigales», del «poeta que había visto ninfas»... Gómez Carrillo, con la ceniza de su trunco idilio carnal con Edda Christiansen, desdeñaba los amores locales. Pretendía señorearse en aquel mundo imaginario. Había leído ya *Mensonges* de Paul Bourget; *Jack y Safo* de Daudet (parece que no *Tartarín*, pues habrían cambiado las cosas); *El horla*, y *Bel ami* de Maupassant y sobre todo, «Thais, la cortesana de Alejandría, de Anatole France. Como en el cuento de Darío, también Enrique «ha visto ninfas».

Munido de tal bagaje, el empenachado joven tropical creyó que tenía dominado al mundo. Leyó las novelas de José Milla con aire despectivo. Aquel modo de relatar sencillo, caudaloso,

superabundante en detalles, característicos de «Salomé Jil», no se parecía en nada a la forma irónica y sintética con que Anatole France resucitaba viejas, muy viejas usanzas: Mientras el estilo de don José se desenroscaba perezosamente, el de France brincaba con agilidad de maromero. Gómez-Carrillo sin más autoridad que su afrancesamiento (al que contribuyó de seguro Edda Christiansen) y su audacia, soltó una andanada contra el prócer de las letras nacionales guatemaltecas.

Tanta indignación despertó aquel atrevimiento, y tan enajenado se tenía el desafecto público, Enrique, con sus jactancias y sus escandalosos amores—el hortera enamorado, el hortera supercrítico, dirían, de juro, los zoilos de esquina—, que, al presentarse en una función del Teatro Colón de la capital, la concurrencia inició una rechifla contra él, que lejos de amenguar con su primer gesto de arrogancia, se hizo general y lapidaria. La policía que, como cumple, estaba del lado del «orden», en este caso del orden clásico, se puso a apoyar a los autores de desorden en la sala, y obligó a Gómez-Carrillo a abandonar el teatro. Respaldaban con su autoridad armada, la gloria inmarcesible del autor de *Los Nazarenos*. Pero nadie convenció a Enrique de que su paralelo entre Milla y Teófilo Gautier no era el más justo. *La Novela de la momia*, con sus magníficas evocaciones, dejaba chiquitita la fama de las remembranzas y reconstrucciones coloniales de «Salomé Jil».

No era popular en la Guatemala del 889, el mosqueteril y piafante futuro cronista. Rubén Darío, a la sazón en sus 23 años, pero maduro de genio y experiencia, entendió aquel drama y vislumbró aquel talento. No trepidó en ofrecerle una plaza de redactor de *El Correo de la Tarde*, periódico de que formaban parte, además de Rubén, los escritores guatemaltecos Máximo Soto-Hall, José Tible y otros. En 1890, Enrique Gómez-Carrillo, aleccionado por la rechifla del Teatro Colón, más impaciente por renovar el caso, escribía sus primeros ensayos bajo la sombra bovina y melodiosa de Darío.

El Modernismo estaba en pañales. Las lecturas francesas que habían sacudido tanto al joven Gómez-Carrillo, recibían ahora la consagratoria aprobación y estímulo del insigne nicaragüense. *Azul* ponía en circulación nuevas formas, al par que nuevos ídolos: Walt Whitman, Díaz Mirón, Catulle Mendés, Julián del Casals, Leconte de Lisle. El tercero y el cuarto hallaron eco en el corazón del novel escritor; del cuarto aprendió, acaso, entonces, la sed de lo desconocido, la incesante procura de horizontes ignotos. Rubén, que entendía el naciente drama de su inadaptación, acudió al Presidente de la República, Barillas, y le solicitó una pensión en el extranjero para su amigo, ya ducho en el arte de la esgrima, de atuzarse el ligero bigotillo y alisarse la terca y nigérrima crencha sobre la oreja izquierda. Enrique Gómez-Carrillo partió a Europa en 1891, con una pensión de 750 francos mensuales. Iba a descubrir el vellocino de oro.

* * *

El primer libro de Gómez-Carrillo apareció en Madrid, en 1892, bajo el título de *Esbozos*. No había su autor cumplido aún los 20 años. El material de sus páginas lo constituyen siluetas literarias de Oscar Wilde, Amado Nervo, Paul Verlaine, Alejandro Sawa, Charles Maurras, Rubén Darío... No se requiere más para establecer los hitos y coordenadas de su arte.

Seducía a Gómez-Carrillo los aspectos vistosos, exhibicionistas y exóticos de la literatura. Era natural que Wilde, con su dandysmo y sus paradojas, ejerciera inevitable señuelo sobre él. Y que Alejandro Sawa, buscador de rarezas y exhibidor de las mismas, le impresionara. En Verlaine encontraba juntamente el lirismo trémulo y penetrante y la actitud de inconformidad, melancolía y alcoholismo, beatitud y sacrilegio, especie de tropicalismo a la sordina, si cabe. La pungente presencia de lo esotérico se perfilaba en su predilección por Nervo. Rubén compendia-

ba—alcohol, misticismo, lujuria, melodía—sus más caras aspiraciones. Había nacido el Modernismo.

No tarda en publicar dos libros más, entre los 21 y los 22 años, esto es, en 1894 y 1895: *Del amor, del dolor y del vicio*, novela, sobre París e impresa en París; y *El alma encantadora de París*, de la cual conozco una edición de 1903.

Aquel endiablado efebo tropical se había adueñado del boulevard, a su manera. Sin quererlo acaso, narrando simplemente cuanto veía, sin casi mezclar sus opiniones al relato; en una como aparente objetividad, Gómez-Carrillo había creado un género, que el propio Rubén merodeaba cancerberamente: la crónica. En vez de arrebuajarse de suficiencia, prefirió mostrar su asombro ante el milagro europeo. Escritores, tiples, midinettes, cortesananas, actores, beatas, borrachos, cocheros, sabios: la humanidad entera discurría bajo sus curiosas miradas, ávidas de sorprender la clave de aquel mundo inédito. Lo importante no era el recomi, sino la sangre que se ponía en la narración. Dueño de una franqueza a menudo brutal e insolente, lo mismo escribía que decía, al compás de sus impresiones.

Tenía una vanidad a flor de piel. Pocas veces gozó tanto como cuando le ofrecieron un banquete a raíz de uno de sus viajes a España, y en él se hicieron presentes Emilio Zola, Salvador Rueda, Benito Pérez Galdós, Ramón del Valle Inclán, Santiago Rusiñol. La cara de Gómez-Carrillo, muy ataviado de ceremonia, es la de un recién casado. Todo, desde la sonrisa bobamente jactanciosa y desconcertada, hasta la vestimenta, irradia satisfacción de primerizo. Después de todo era aquello una consagración. Salvo Darío y después Nervo y Chocano, ¿quién, qué indioamericano había recibido semejante homenaje?

Como es natural, el orgullo se le subió a la cabeza. Varias veces cruzó su acero o las balas de su pistola con adversarios duelísticos, por motivos baladíes. Aunque se ha exagerado mucho la fama de duelista de Gómez-Carrillo, bueno será recordar que sus lances de este tipo no pasaron de 18, de los cuales 2 fueron a

pistola. Más bueno es también agregar que, no obstante el corto tiempo que vivió en Buenos Aires, ahí sostuvo 3 duelos en alrededor de un año de permanencia.

Cierto: trabajaba de sol a sol. Con su cuadernillo de notas, siempre a mano, recorría países, suburbios, salones, tugurios. Verlaine y Jean Moréas le tenían por uno de sus mejores compañeros. «Carrillo» era un personaje conocido en los cafés literarios de París y en las «peñas» de Madrid. Sin embargo, no escribía nunca en francés, que hablaba con pleno dominio. Por tal defecto perdió la oportunidad de ingresar a la redacción de *Le Matin*, que le abriera sus puertas.

* * *

Me he adelantado en el relato.

Gómez-Carrillo regresó a Guatemala en 1898. Gobernaba entonces Manuel Estrada Cabrera. El escritor ingresó a colaborar en *La Idea Liberal*, con Rafael Spínola. Tenía a su cargo lo que entonces llamábase «El folletín». Fué un decidido partidario del incipiente tirano, que dominaría su patria hasta la revolución del 1920,

La adhesión de Gómez-Carrillo a Estrada Cabrera melló sustancialmente su prestigio literario. Quien desee informarse acerca de los pormenores de semejante régimen puede consultar tres libros a la verdad formidables, cada cual en su campo: *Ecce Pericles* de Rafael Arévalo Martínez (1946), *El Señor Presidente*, la magnífica novela de Miguel Angel Asturias (2.^a edición, 1949), y, en cierto modo, el vigoroso *El Autócrata* de Carlos Wyld Ospina, (1929). Cualquiera de estos libros, especialmente los dos primeros, bastan para justificar la repulsa que los espíritus liberales experimentaron por todos cuantos alabaron a Estrada Cabrera, el «Pericles» de la tremenda requisitoria de Arévalo-Martínez.

Gómez-Carrillo no tenía sensibilidad política, ni vocación

apostólica. Vivía al día. Buscaba su placer, sin preguntar a menudo el origen. Lo mismo le ocurrió a veces con las mujeres.

En 1900, Estrada Cabrera le enviaba a París, como representante diplomático de Guatemala. Fué entonces cuando se vinculó más a las grandes figuras de la literatura universal y cuando, luciendo esmeradísima ropa de etiqueta, se retrató rodeado por los insignes hombres de letras españoles que he nombrado antes y a Emilio Zola.

La situación era distinta a la de 1891 cuando llegó a Europa por vez primera. Nadie se atrevía a llamarle, como lo hiciera Verlaine, «Carrasco», en lugar de Carrillo. Verlaine lo hacía así porque lo indentificaba, probablemente por la analogía fonética, con el Bachiller Sansón Carrasco de Cervantes.

Como en ese tiempo estaba en boga la crítica descueradora de Max Nordau, Gómez-Carrillo se volvió rotundamente antihispano. Su exhibicionismo rayaba a gran altura. Hacia 1905 tenía ya hasta un conato de autobiografía *Treinta años de mi vida*. Había viajado mucho. Cada viaje engendraba un puñado de crónicas apretadas y pintorescas, luego agavilladas en sendos libros. Así nacerían: *La Rusia Actual*, *El Japón heroico y galante*, la novela *La sonrisa de la Esfinge* (a raíz de su viaje a Egipto), *La Grecia eterna*, *Jerusalén* y *La Tierra Santa* de donde extraería motivos para su posterior libro *Flores de penitencia*.

Evidentemente, entre Loti, Farrere y Queiroz habían moldeado aquella alma «vágula», pero no «blándula». Rubén Darío contemplaba con reticencia y timidez la eclosión de tan bizarro espíritu

* * *

El 5 de julio de 1906, Enrique Gómez - Carrillo contraía matrimonio en París con Zoila Aurora Cáceres (Evangelina), escritora peruana, unos siete años menor que él, hija del expresi-

dente del Perú, general Andrés Avelino Cáceres, héroe de la guerra de 1879. Se divorciaron en 1907.

Zoila Aurora cuenta cómo fueron aquellos amores, y nos ha transcrito un significativo epistolario. Ella se enamoró de Enrique a través de los artículos de éste. Los comentó en un artículo que publicó en *El Comercio* de Lima. Gómez-Carrillo fué presentado a su entusiasta admiradora, quien tenía un «salón», especialmente concurrido por sudamericanos, en París. Hay un relato acerca de esas reuniones en *Varietades* de Lima, año de 1908, sobre la firma de Raymundo Morales de la Torre. Fué un amor a primera vista. No se podría afirmar la sinceridad del escritor, pero, sí, la pasión vehemente de ella. Zoila Aurora Cáceres era entonces una mujer en la plenitud de su juventud. Tenía un tipo atractivo sensual y, de contera, la leyenda de la riqueza de su padre. Aplicando los patrones centroamericanos, había derecho a pensar que el General dos veces presidente de la República, el único General de División del Perú, con fama de héroe y disfrutando de la protección política del Presidente Pardo, poseyera una sólida fortuna. Gómez-Carrillo no descuidaba este aspecto, pese a sus ardores de donjuan. Mucho menos para escoger esposa.

La realidad era distinta. Cáceres distaba de ser rico. Zoila Aurora era celosa y probablemente quiso intervenir en la vida de su marido más de lo que éste, egoísta esencial, podía admitir. Carrillo desapareció un día de París. Se había marchado al África septentrional. El matrimonio terminó en un fracaso.

Muchas mujeres pasaron por la vida del cronista. Quizás más las que parecieron que las que fueron. De todas ellas, ninguna influyó tanto en su destino como la célebre Mata-Hari. Era, como todos saben, una famosísima bailarina, que ejecutaba danzas indostánicas en el bullicioso y novelero París de antes de la guerra de 1914. Durante el conflicto, se descubrió que una misteriosa y eficiente red de espías al servicio de los alemanes, proporcionaban datos acerca de los planes del Estado Mayor fran-

cés. Operaban desde la misma Francia y desde España. Informes confidenciales señalaron como una de las más importantes espías, a la Mata-Hari. Esta viajó a España.

Gómez-Carrillo había ido también a España, a consecuencias de las restricciones bélicas; allí dirigiría *El Liberal*, en 1917. Era amigo o amante de Mata-Hari. Las autoridades galas ansiaban apoderarse de ella. Mata-Hari apareció de pronto en el otro lado de los Pirineos, presa de la policía francesa. No se hizo esperar la Corte Marcial. Un pelotón de fusilamiento puso temprano remate a la espectacular existencia de la famosa bailarina, en los fosos de Vincennes.

Circuló la asquerosa versión de que Gómez-Carrillo, valiéndose de su amorosa amistad con ella, la entregó a la policía de Francia. El escritor desmintió airadamente la especie. Nadie la ha podido comprobar. Pero, como siempre que circula una infamia, es difícil quitar a los hombres la predilección que tienen por el cieno. Gómez-Carrillo hubo de sobrellevar en adelante aquella carga, aquel espantoso estigma.

En 1921 estaba Gómez Carrillo con la renombrada tonadillera española, Raquel Meller, en Buenos Aires. Ella estaba en su plenitud. Triunfaba con «La Violetera» y su romántico peinado en bandos. Se habían casado. Gómez-Carrillo no buscaba mujercitas tiernas, pero oscuras. La dicha duró muy poco: lo que tardó en llegar el desencanto o el tedio.

Después, se casó por tercera vez con Consuelo Sucin, una muchacha vistosa y rica que le acompañó hasta su último momento; por cierto, que junto a ella estuvo Georgette Leblanc, la ex esposa de Maurice Maeterlinck, antigua amiga de En ique. No dejó éste huella imborrable de ternura en sus amantes y esposas. Consuelo se casó después con Saint-Exupéry, el gran aviador y novelista francés, que abrió la ruta de Buenos Aires. Saint-Exupéry se durmió antes de tiempo en el seno del Señor.

La vida amorosa de Gómez-Carrillo continuó así dignamente su iniciación con Edda Christiansen. El ex hortera de «La Sor-

presa» de la Calle Real de Guatemala llevó de por vida esta marca, patente en su afición incontenible por lo femenino y decorativo, por la frivolidad y el ingenio, por el viaje y por París.

* * *

¿Fué por eso, Carrillo un escritor sensual?—Creo que no. Sus figuras de mujer lucen a veces rasgos licenciosos, mas la suya es esa ingenua licencia de Mürger. Parece como que su lujuria no se traspasara a la literatura. Su picardía, tan visible en sus páginas autobiográficas, (*El despertar del alma, En plena bohemia*), posee cierto inocente desparpajo comparable al de la Biblia y al de *Las Mil Noches y una noche*, cuya traducción por J. C. Mardrus, alentó y propagó con entusiasmo.

Lo típico en él era, más bien, la falta de pudor general, que no siempre significa lujuria. No tenía empacho en exhibir sus lacerías morales, y hasta las elevaba al nivel de las virtudes.

Desprejuiciado en absoluto, nunca puso atención en su nacionalidad, sino para añorar de cuando en cuando la bella y remota patria y cobrar sueldos de su tirano. Pero, desde 1920 en que cayó Estrada Cabrera, hasta 1927, en que ocurrió la muerte de Gómez-Carrillo, se quedó huérfano del amparo que aquél le concedía. Lo propio le ocurrió a Chocano, a quien estuvo a punto de costarle la vida la protección de Estrada Cabrera. La amistad de Zelaya, dictador de Nicaragua, no es de lo más enorgullecedor en la biografía de Rubén Darío. Amado Nervo recibió estímulo de Porfirio Díaz. Lugones acabó alabando las dictaduras y el fascismo. Los García Calderón sirvieron con júbilo a las dictaduras militares de Sánchez Cerro, Benavides y Odría. Parece como que el escritor de progenie modernista, ebrio de melodías, olvidó la ética. No fué mal de Carrillo: fué, según el resobado giro de Musset, «mal du siècle», y toda aquella frivolidad incoercible, brillante «confesion d'un enfant du siècle».

Cuando hubo perdido el apoyo de Estrada Cabrera, volvió los ojos a su lejana América. Cruzó el océano y llegó a Buenos Aires, donde gobernaba Hipólito Irigoyen, el primer Presidente radical. De aquello nacería *El encanto de Buenos Aires*, libro convencional: tal como de su experiencia de la primera guerra mundial surgiría *Campos de batalla y de ruina*. De la leyenda de sus relaciones con Mata-Hari, un libro alusivo. Pero, de Argentina nació algo más.

Irigoyen, el «peludo» Irigoyen se prendó del ímpetu mosquetero del escritor y quiso ayudarle. Decidió nombrarlo Cónsul argentino en París. Dinero y honor juntamente, pero... precisaba ser ciudadano argentino. Irigoyen obvió el asunto con rapidez, concedió la ciudadanía del Plata a Gómez Carrillo, cuya naturalización como argentino se hizo desde París, sin cumplir el requisito de residencia. Cuando murió Carrillo, el Ministro argentino reclamó su preeminencia, en tanto que el de Guatemala no atinaba a hacer presente la suya ante el tûmulo del insigne cronista.

Ceder a la tentación es, según Wilde, la mejor manera de terminar con ella. Es lo que hizo siempre Gómez-Carrillo. De ahí el grotesco y dramático episodio que él mismo cuenta con el andrógino «Ramoncito», el amante de su amigo Miura y Rengifo, en Madrid. Gómez-Carrillo vivía entonces con Alice, la querida que más tiempo duró en su vida, y que más se sacrificó por él. Una tarde se encontraron solos, Enrique y «Ramoncito», «Me acerqué a él hasta respirar sus cabellos rizados, hasta rozar su busto con mi brazo. El sonreía inmóvil. ¿El? No. No era él. Era ella, una ella misteriosa, una ella irresistible, una ella demoníaca.—Mi Enrique, murmuró.—Oh!— Y al mismo tiempo lentamente, volviéndose hacia mí, echóme los brazos al cuello y me dió sus labios»... La Escena tiene el descaro de un Aretino o un Bocaccio del Siglo XIX.

* * *

Los amigos literarios desconfiaron siempre de Gómez Carrillo. Había en él algo de «canaille», o al menos de «gaminerie», impalpable, certísimo. Ante la necesidad de ganarse la vida, lo mismo le daba cocinar un Diccionario que escribir una crónica; ante la de saciar sus pasiones, igual le era engañar a una novia limeña, que burlar a Miura y Rengifo con su «Ramoncito», o quien sabe, inconscientemente, ser causa de alguna imprudencia de Mata-Hari. Gómez Carrillo pertenecía a esa conocida familia de tropicales anclados en París, donde descubre y propagan toda clase de pecados.

Rubén, que le apoyó desde niño, no tuvo jamás seguridad en él. En el fondo Rubén temía a Enrique. Lo sabía tempestuoso, inescrupuloso, apasionado, impúdico. No es que le importase la espada de acero; para Rubén era peor el cilicio de su malevolencia. Sentía Rubén, con esa presencia que le caracterizó siempre, algo que sus críticos no han visto aún: en la medida que corriera el tiempo, la figura de Gómez Carrillo, oscurecida al principio de su muerte por un cúmulo de extravíos y errores, se depuraría y cobraría sólo sus relieves estéticos. Entonces la crítica acabaría reconociendo, como ya lo reconoce, la enorme deuda de la literatura americana—y aún española—a Gómez Carrillo; pues que si Rubén descubrió la melodía ignota y Rodó cierta armonía interna, Gómez Carrillo abrió los ojos de un continente al desde entonces desvelado misterio de lo exótico; convirtió en cercanía la remotez; dió facilidades a la sensibilidad, especie de Agencia Cook de la curiosidad espiritual de todo un mundo.

Blanco-Fombona no resistía la presencia de Gómez Carrillo. Ambos, matonescos, egolátricos, espadachines, violentos, mal podrían tolerarse. Para Amado Nervo, resultaba un extraño. Demasiado fácil para la sensibilidad de Herrera y Reissig; demasiado superficial, para la de Rodó; demasiado tropical para

la de Lugones; demasiado concreto para Larreta; demasiado espontáneo para Valencia; demasiado sencillo para Díaz Mirón, y, sin embargo, por tales contrastes y excesos, fué el verdadero descubridor del mundo de la crónica; fué no el Loti de América, como confesamente habría querido ser su discípulo, Ventura García Calderón, sino el Kipling de una selva con monstruos humanos en lugar de zoológicos, y montañas de pasiones y ríos de pecado.

Gómez Carrillo publicó un libro titulado *El Modernismo*. Conviene olvidarse del título. Es una estratagema publicitaria. Los artículos que lo integran tratan de diversos tópicos literarios, antes que del Modernismo. Pero, Gómez Carrillo fué modernista porque, según la definición de Juan Ramón Jiménez, él tomó las letras como «un movimiento de entusiasmo hacia la libertad». Su estilo mechado de inevitables galicismos, carece de la pompa clásica, de la grosería naturalista, de los suspiros románticos. La impronta de Verlaine y de Moréas, este último su amigo predilecto, de todos los simbolistas, no permitía que la prosa se hiciera chabacana ni oratoria. Había «torcido el cuello a la elocuencia» a tiempo. Y si Paul Bourget y Loti le infiltran ciertos resabios retóricos, siempre alcanzó a disponer de energías bastantes para desechar la tentación antes del cuadragésimo día.

«La pasión de los viajes va convirtiéndose... en una pasión inquietante» escribe. «Hay que leer, en efecto, el capítulo que cierra el último libro de viajes de Paul Bourget, para comprender la gran desilusión de los que buscaban una enseñanza filosófica en las excursiones lejanas» (*La psicología del viajero*).

En estas palabras se compendia casi toda la obra de Gómez Carrillo. «Por mi parte, agrega, definiendo su arte—, yo no busco nunca en los libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo: la sensación». ¿No es acaso tal el credo estético de la vida y la obra del cronista? Buscar «lo positivo», la «sensación».

Escuchemos sus consideraciones sobre este su tema fundamental, el viaje:

«Lo único que no he visto nunca es un paisaje muerto, un « paisaje quieto, un paisaje invariable... »

«A medida que la humanidad se afina, este sólo placer de « ver paisajes raros aumenta por fuerza y obliga a viajar... ».

«El placer del viaje está en el viaje mismo... ».

«El que se va no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro « que es casi el mismo, pero que no es el mismo. Y esto que pa- « rece una paradoja, no es sino la más melancólica de las ver- « dades.

Ajustemos lo transcrito. Desde luego, se trata de *viajar*, no de *transportarse*, como ocurre con el avión. ¿De dónde le viene este avatar del viaje *per se* a un habitante de un país remoto, rodeado de mar y cumbres, de manigua y soledad? Se comprende que los isleños y los habitantes de tierras tendidas al mar, como Chile, sean encarnizados devotos del viaje; pero, los de la cumbre, los de la colonia y Guatemala era sierra colonial entonces, ¿Por qué?

Dejando de momento el caso de Gómez Carrillo, bueno será tener presente que buena parte de la literatura guatemalteca se explica solamente a través del viaje. Landivar, uno de sus forjadores, anduvo de la Ceca a la Meca, paseando sus murrias de jesuíta expulso. Irisarri no fué ciudadano de Polo porque aún no se había ni se ha constituido esa nación, más a falta de ello confundió su destino con el de México, Chile, Colombia y su nativa Guatemala. ¿No anduvo también deambulando Batres Montufar? ¿Y Miguel Angel Asturias? ¿Y Luis Cardoza Aragón? ¿Y Flavio Herrera? ¿Es que acaso no anda perdido en remotos países Rafael Arévalo Martínez, ciudadano ejemplar de la Utopía? ¿O es que Quezaltenango es Quezaltenango para la insobornable inquietud de Wyld Ospina? Yo no conozco sino un gran sedentario en la literatura Guatemalteca: José Milla. Los demás,

incluyendo al ya viejo y aposentado Bernal Díaz, viven de Scyllas a Caribdis, que no otra es la alternativa con que nos brinda la fortuna de los hombres de América.

Gómez Carrillo, sin embargo, realiza un doble viaje: el del cuerpo y el del alma; el del lugar y el de la época. Señala su deambular el inicio de la edad de los transportes; cierra de la burguesía. Su bohemia posee elementos distintos a la Murger. El bastón se vuelve estoque; la capa, maleta; y Miseta, si acaricia pasiones, al menos ha aprendido ya el gesto exacto para aparentar que ha olvidado el corazón, y no lo deplora.

Era el filo de una edad, como si dijéramos. Pasábase de lo ético a lo estético. Gómez Carrillo no rechaza lo trascendental; sencillamente, lo ignora. Y si comete pecados, le ocurre lo que a las desaprensiones económicas de Chocano y los arrebatos paganos de Darío: no se da cuenta de lo que hace, pues no ha aprendido ningún baedeker de virtudes en que no cree y cuya existencia ignora. Sin embargo, en algunas oportunidades deja constancia de su protesta ante las injusticias sociales. En su crónica sobre «Shangai» escribe: «Los dos grandes defectos que los industriales encuentran a sus obreros, en todos los países, es que no sean esclavos y que tengan necesidad de un salario para vivir». Estos desahogos no son frecuentes en él.

Su obsesión es el viaje. Al respecto posee técnica tan depurada que el propio Rubén Darío (véanse sus libros *La Caravana pasa*, *Letras*, etc.) sigue los patrones de Gómez Carrillo en la crónica. Me parece que Luis Bonafoux, el vitriólico puertorriqueño, tampoco ignoró aquella manera de encuadernar «sensaciones», (sólo eso) de viaje. «Un artista del viaje—dice Gómez Carrillo—debe figurarse que escribe para personas que ya conocen el país que describe. Este evita los detalles baedekerianos. Además tiene que creer que su público es culto»... «Nada de yo... Nada de egoísmo! Lo que tú haces, no nos interesa... Un pueblo no debe pesar entre las páginas. Y por encima de todo, hay que ser pintoresco.

Desgraciado del que no sabe ver con ojos sinceros los bellos paisajes!... Loti y Barrés me seducen por su impersonalidad y su pintoresquismo. Diríamos, mejor, por su ingenuidad. Ah! pero el viaje no cuenta nada sino es para regresar a París. «La mitad de los que salen de París, no tienen en todo el viaje más que un placer, y es el de volver a París».

Abundan en las páginas de Gómez Carrillo los detalles tiernos. «Los árboles merecen ser amados en todas partes como lo son en Extremo Oriente, donde la buena «religión budista ha puesto en cada tronco, en cada rama, en cada una, una sensibilidad, una sentimentalidad, un alma», escribe en su crónica *El culto de la Naturaleza*. En su libro sobre *Jerusalén y la tierra Santa* dice: «Y sólo ante el lago (de Galilea) por donde suele pasar en noches de beatitud la sombra divina de Jesús, sólo ante la ciudad milenaria que vió sus milagros y que no creyó en ellos, sólo conmigo mismo y con mis penas y mis congojas, siento subir a mis labios fragmentos dispersos de oraciones olvidadas...». En *Grecia* glosa con sin par delicadeza la Oración en el Acrópolis de Renán, a quien defiende de las imputaciones históricas de Gebhardt: «Pero, yo prefiero la oración de la tarde, el ave Pallas del crepúsculo, la melancolía del recogimiento vespertino. Entre las últimas llamaradas del poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventurado, cual si el incendio que consumió hace siglos su flanco santo volviera a encenderse un instante». Nos habría gustado que el escritor flagelara más su estilo para evitar la indebida asonancia de aquella expresión «flanco santo», mas Gómez Carrillo escribe siempre, de prisa, sin precipitación, y si resulta artístico su estilo es porque él, de suyo era artista, no porque tratara de parecerlo. La retórica está proscrita de su obra entera. Como Rubén, él pudo repetir: «De las Academias, líbranos, Señor».

Las novelas de Gómez Carrillo son así, como sus crónicas, límpidas, frescas. Sus personajes responden a sus propios experimentos. Si se encuentran licencia y sentimentalidad en los

protagonistas de *Flores de Penitencia*, se debe a que así era su autor, mezcla de cinismo y humildad, de arrogancia y ternura, de ambición y ahitamiento. ¿No se vuelve acaso, después de veinte años, D'Artagnan, el impetuoso mosquetero del Rey, un señor calmado, buen consejero y mejor político?

Para ello le faltó tiempo a Gómez Carrillo. Pasó, súbitamente, de la juventud a la antesala de la muerte. Cuando ésta llegó a su lado, el 29 de noviembre de 1927, tenía cerca de él a Toño Salazar, otro centroamericano desarraigado, insigne pintor salvadoreño. La bandera argentina cubrió su féretro. Maeterlinck y su esposa Georgette Leblanc acudieron al lado de Consuelo Suncin, esa pequeña «viuda abusiva» como ha llamado a las de su especie Anatole de Monzie. Guatemala atravesaba momentos de tremenda agitación política. La dictadura que se encumbró en 1930 no quiso saber nada del glorioso guatemalteco. Ahora, al cabo de veinte años, el gobierno de un escritor y maestro, Juan José Arévalo, ha decidido rescatar para su patria al insigne y descarriado hijo. Así sea.

Universidad de Puerto Rico, febrero de 1950.